

LA TERCERA

Cultura

6 de diciembre de 2005

Opinión de Eduardo Labarca

La ficción a tropezones con la verdad



Este fin de año ha sorprendido la soltura con que los escritores chilenos traspasan el límite entre "ficción" y "no ficción". Siempre la Historia ha dado sustancia a la literatura. El Ulises de la Odisea es un personaje histórico al igual que los señores de la épica europea, persa y oriental. También existieron el Cid, el rey Arturo, los príncipes de Shakespeare, los Tres Mosqueteros, y las batallas de Walter Scott y León Tolstoi. En la historia de Chile figuran los héroes de La Araucana, el Lautaro recreado por Fernando Alegría e Isidora Aguirre y los personajes de Liborio Brieva -Manuel Rodríguez, los Carrera, Marcó del Pont- y de Adiós al Séptimo de Línea, de Jorge Inostroza.

La "nueva novela histórica latinoamericana", ya no tan nueva, pone en escena a un abanico de personajes reales y reescribe la historia oficial, la subvierte, viola sin pudor la cronología y el dato. Arrastradas por esas novelas al diván del psicoanalista, nuestras sociedades se enfrentan a las malformaciones de sus orígenes y a las tortuosidades de su infancia y su devenir adulto. En nuestro país Antonio Gil ha creado en esa vena a su Diego de Almagro y Jorge Guzmán a su Inés de Suárez. Y el ñidoltoqui Pelantaro ha cortado la cabeza al gobernador Loyola y el fraile Barba se ha pasado nuevamente a las huestes mapuches en las páginas de mi novela Butamalón.

Saltando al cataclismo más reciente de nuestra sociedad, los informes de comisiones investigadoras, expedientes judiciales, recuerdos y testimonios se nos han convertido en rutina. Las víctimas devienen cifras estadísticas, los testimonios tienden, cruel es decirlo, a parecerse unos a otros y el lenguaje pierde significado. Entonces revientan las costuras de la no ficción y el cronista se decide a proyectar luz sobre la realidad, allí donde el secretismo impone su tapadera. El recuerdo se ve mechado de visiones,

sensaciones, ensoñaciones que aportan la verosimilitud honda que sólo la literatura puede dar y se crea un ambiente de "todo novela".

En 1974, meses después del golpe, Enrique Lafourcade publica Salvador Allende, yuxtaposición de dos textos: en las páginas de la izquierda, recortes de periódicos, documentos, discursos, bandos militares; a la derecha, monólogo interior del presidente que se apresta al suicidio. A la vuelta de las décadas, Ángel Parra siente similar necesidad. Su libro Manos en la Nuca, sobre su pasado de prisionero, podría haber sido un testimonio más. Pero en las noches de miedo del estadio irrumpe por boca del hablante un tal Camilo que nace con seis dedos allí donde "las mujeres cerraban y abrían las rodillas como en el charlestón".

A José Miguel Varas la ficción le dobló la mano en Los sueños del Pintor, libro de no ficción sobre el pintor Julio Escámez, a quien fue a entrevistar a Costa Rica. Pero el entrevistado se volvió chúcaro, hasta prohibir al entrevistador la publicación de esas conversaciones. Con un pase de teclado Varas convirtió la crónica en una novela protagonizada por "el pintor", quien al regresar de un recorrido por el mundo escapa por un pelo a los militares mientras el mural más importante de su vida es destruido a martillazos. En ocasiones "el pintor" dialoga con "el indagador" en este libro que se convirtió en novela como fruto de una pataleta, con lo cual probablemente el lector salió ganando. La no ficción inunda asimismo el libro vivaz de Toño Freire ambientado en el mundo del bataclán y las piluchas de un Santiago que hoy es sólo recuerdo nostálgico. Por las páginas de su novela Rakatán. ¡Hay Ambiente en el Bim Bam Bum!, transitan los personajes de la antigua farándula.

¿Crónica novelada o novela cronística? En El Inútil de la Familia Jorge Edwards se empeña en descifrar a fuego lento las esencias de su tío escritor Joaquín Edwards Bello, otro suicida. En la faena construye una obra sofisticada que es eminentemente novela, pero también biografía circular, crónica literaria y estampa de época, donde el autor llega a fundirse con su tío escribidor.

Libro intenso donde la ficción fecunda la no ficción, Cara y Sello de una Dinastía, de Mónica Echeverría, lleva el rótulo paradójico de "novela de facto". Aparecida al término de la Feria del Libro, se encumbró al primer lugar de ventas de la Revista de Libros de El Mercurio. La obra muerde en la vida de Sonia Edwards, fallecida hace dos años, y en la leyenda de disyuntivas extremas de una dinastía empresarial que ha atravesado la historia del Chile republicano. El libro adquiere fuerza por virtud del conocimiento vivencial que la autora posee de la alta aristocracia. ¿Por qué novela? Probablemente la no ficción pareció a la autora insuficiente para penetrar en la subjetividad de la protagonista, que habla consigo misma, se interpela, se observa y es observada. Pero la interfaz entre no ficción y ficción puede operar en sentido inverso. Puño y Letra, de Diamela Eltit, es testimonio-testimonio, verbatim de las audiencias del juicio que la autora presenció en Buenos Aires contra Enrique Arancibia Clavel por el asesinato del general Carlos Prats y su esposa Sofía. Pulida como una hoja de espada, la transcripción de los interrogatorios genera un clima tenso donde los visos de irrealidad parecen obviar la necesidad de recursos novelísticos.

De visita en mis lares participé en una mesa redonda de tema conexo, aunque radicalmente diferente: "La verdad histórica emergiendo de la ficción". Se abordó la

ficcionalización en su forma invertida de revelador de un hecho real y tuve que referirme, ojalá por última vez, a las páginas de mi novela Cadáver Tuerto que destaparon un misterio que en caso contrario habría perdurado. El secretismo, desafiado frontalmente por la ficción, salió a defender su bastión con el escudo del embuste grandilocuente. Pero el resplandor indiscreto de la obra literaria no resulta fácil de apagar, tanto más cuanto que Chile es un país con hambre de verdad.

© Eduardo Labarca